

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Arte

ARTHUR KORN. LA HISTORIA CONSTRUYE LA CIUDAD. Traducción de Norberto A. Chiesa. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1963. 234 págs.: 122 de texto y 112 de ilustraciones.

La crisis de la ciudad como organización y ámbito material de la convivencia humana y la conciencia cada vez mayor de su función como promotora, sustentadora y difusora de cultura la han erigido en apremiante objeto de estudio para el sociólogo, el urbanista, el historiador contemporáneos. Nuestra cultura corre el grave riesgo de asfixiarse entre la caótica proliferación de la megalópolis. El profesor Arthur Korn sostiene que sólo la más estricta planificación puede evitar su descalabro definitivo; y que, puesto que la estructura económica de la sociedad determina la estructura de la ciudad, sólo una economía estrictamente planificada es capaz de entregar al hombre de hoy un ámbito urbano también estrictamente planificado para desenvolver en él la forma fundamental de la convivencia humana civilizada: la convivencia urbana.

Korn, lógicamente, piensa que "para dominar los problemas del planeamiento urbano contemporáneo es necesario comprender primero qué es una ciudad" (p. 1). Comprimir qué sea una ciudad en una definición exhaustiva, es difícil. Siendo un fenómeno social, aparece en tipos históricos demasiado diferentes para permitir una definición que, por demasiado amplia, no resulte, en el fondo, vacía. El autor recoge algunas, discrepantes entre sí y, sin embargo, comprensivas de uno o varios de sus aspectos, sin declararse satisfecho con ninguna. Prefiere perseguir al objeto de su estudio en su desarrollo histórico para describir finalmente los fundamentos de las leyes que lo gobiernan:

- a) su crecimiento y su cambio —que la ciudad debe dirigir y controlar—;
- b) su estructura —que debe reflejar las cuatro funciones principales de la ciudad: vivienda, trabajo, transporte y esparcimiento—;
- c) sus componentes; y
- d) su escala; es decir, la ubicación relativa en una gradación de unidades que la contienen (región, país) y otras a las que debe contener (las distintas zonas, hasta llegar a la vivienda individual); todo ello presidido

por la idea de que "en su apariencia, la ciudad debe reflejar a la comunidad entera. Debe ser una obra de arte tanto en su totalidad como a través de todo el ordenamiento de las unidades" (pp. 165, 215-6).

Para comprender la ciudad "es necesaria la comprensión de las fuerzas sociales efectivas que a través del tiempo han creado ciudades y determinado sus estructuras" (p. 2); esto es, percatarse de cómo la historia construye la ciudad; estudiar cómo es y cómo crece.

Para el profesor de la Architectural Association School of Architecture, la más clara exposición de los fundamentos de la sociedad humana se basa en las relaciones de producción: "La suma total de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, verdadero cimiento sobre el cual se levanta una superestructura legal y política y al cual corresponden formas definidas de conciencia social". (Carlos Marx, *Selected Works*, p. 356. Cit. por Korn, p. 4). Por eso "el aspecto de la sociedad, los cambios de un sistema a otro, están determinados por el método de suministrar los medios de vida; por la forma de producción" (p. 7).

Ahora bien: la ciudad, "que ha sido siempre, y debe serlo, la expresión de la estructura predominante en la sociedad de cada época" (p. 2) descansa, en última instancia, en la forma de producción. Korn nos mostrará, pues, cómo cada uno de los que él considera los tipos históricos de ciudad depende de las relaciones de producción de la sociedad en que surge y se desarrolla.

Primera, en la cuna de las civilizaciones, está la ciudad "asiática", en Egipto, Mesopotamia, India, China, culturas todas dependientes de la irrigación.

El segundo tipo, la "ciudad-estado" griega, surge "de las dos raíces de la guerra y el comercio"; y Roma, cabeza imperial, similar en origen, que "es la manifestación sobresaliente del efecto que la expansión del Imperio produjo en su capital" (p. 36), expansión que ocurre rápidamente una vez que la economía rural ha sido reemplazada por una economía monetaria; Roma, la gran ciudad, que llegó a tener sobre un millón de habitantes, desaparece prácticamente con el colapso de la estructura económico-política romana.

Y por tercera vez en la historia surge la ciudad; es la "ciudad burguesa", cuyo devenir acompaña en su ascenso a una clase social: la burguesía, desde su configuración primera en las corporaciones medievales, a través de la época mercantilista, hasta la culminación de su poderío en el período imperialista.

La ciudad medieval, creciendo junto a sedes episcopales, monasterios o fortalezas, centro de intercambio, hogar de las corporaciones, se estructura en torno a la iglesia, la plaza del mercado, la casa consistorial, "rodeada por sus murallas, torres y puertas". Castillo y catedral dominan su perfil.

La acumulación primitiva que se origina en la ciudad medieval, y que crea una nueva situación política: "rey y mercader contra el viejo feuda-

lismo" (p. 93), produjo la ciudad del Renacimiento y la ciudad del Gran Estilo, formas urbanas sucesivas de la expansión económica de los albores del capitalismo en el continente europeo; la una como "resultado del príncipe comerciante del nuevo humanismo, del racionalismo y de la ciencia militar" (p. 93); la otra, símbolo del mercantilismo, teoría del estado nacional despótico: "En el último período de la Francia monárquica . . . , la ciudad es meramente un teatro para la aparatosa representación real" (p. 103). En contraposición a las callejuelas y sendas medievales, se crean ahora la calle recta que abre un panorama, la plaza, —con diversas funciones— y el jardín cuidadosamente estudiado; todo ello proyectado para realzar el palacio real.

La fisonomía urbana en la Inglaterra de la época es diferente: "Mientras que en Francia la ciudad del Gran Estilo glorificó el nuevo despotismo, en Inglaterra el derrocamiento temprano del rey absoluto y el encumbramiento de la oligarquía liberal actuaron en dirección opuesta. La victoria produjo el abandono de la corte y la capital y la preferencia por las monumentales mansiones campestres, y la aristocracia burguesa estableció su espacioso marco en las nuevas plazas de ciudades como Londres y los baños termales" (p. 93)

De todas maneras, en ambos casos, la burguesía, convirtiendo al rey absoluto "en un poder efectivo bajo su propio control" (p. 99) o erigiéndose en parlamento, llega a pesar definitivamente en el estado: "A pesar del aparente poder y la pompa exterior del estado absoluto, éste representa sólo un período de transición que termina finalmente con la victoria de la burguesía en una serie de revoluciones que comenzaron en Holanda, continuaron en Inglaterra y tuvieron sus resultados más espectaculares en Francia" (p. 104).

La revolución industrial va a alterar definitivamente el aspecto y la estructura de la ciudad de los albores del capitalismo. La nueva etapa de la ciudad burguesa, que Korn llama la "ciudad moderna", corresponde al "desarrollo de la ciudad durante el capitalismo y su última manifestación, el imperialismo" (p. 123). Para ilustrar este desarrollo, el profesor Korn escoge dos países: "Inglaterra para la primera etapa, como el ejemplo clásico, y EE. UU. como la potencia imperialista dominante de nuestro tiempo" (p. 123):

La enorme y aceleradísima concentración humana en torno a los centros industriales hace que el nivel de vida en los barrios bajos —parte predominante ahora del área urbana, que prolifera cancerosamente— descienda a un límite aterrador en la Inglaterra del siglo XIX. El violento crecimiento de las ciudades de EE. UU. —diferente por su reciente origen y por la intensa y heterogénea inmigración— crea un problema semejante. Surgen entonces las nuevas teorías de planificación urbana: las ciudades-jardines, de Ebenezer Howard, la "cité industrielle" de Tony Garnier, la gigantesca metrópoli concentrada de Le Corbusier que, en tanto criterio de planificación, es para Korn la más adecuada solución funcional— expresiva a la crisis de la ciudad de hoy.

Sin embargo, el principal escollo para la puesta en práctica de estos planes en los países de economía capitalista es la dificultad de controlar y manejar la estructura económica, de modo que permita enfrentar el problema sin el impedimento del criterio de lucro de dueños y accionistas; uno de los supuestos del plan del grupo MARS (Modern Architecture Research) para Londres, realizado bajo la presidencia del profesor Korn, es "que se dispondrá de nuevos poderes para el planeamiento, incluyendo aquéllos para el control del valor de la tierra" (p. 173). De aquí que el autor afirme que "es imposible un *verdadero* planeamiento mientras el incentivo de la producción sea el lucro: Nuestra sociedad capitalista, donde pobreza y riqueza se dan igualmente, experimenta dificultades crecientes en el campo de la reconstrucción" (p. 216).

Sin un incentivo de esta especie, la economía planificada del socialismo aparece como la superación de las contradicciones inherentes a la economía capitalista, que han llevado a nuestras ciudades al desorden en que se encuentran (pp. 137-8).

Como "conditio sine qua non" de la planificación contemporánea, Korn anota que no se debe perder de vista que la metrópoli no es una unidad autónoma —depende del campo circundante para su provisión de alimentos y materias primas—, por lo que la solución integral exige un adecuado equilibrio entre ambos términos: ciudad y campo. Esto revierte el problema a una unidad mayor que la urbana: la unidad regional, que el autor también estudia.

Así cierra Arthur Korn su exposición del desarrollo de la ciudad en la historia. Desafortunadamente, ante tan extenso tema, la excesiva esquematización del trasfondo histórico concreto de la ciudad en cada momento de su evolución lleva a que, como configurador de una imagen de la vida ciudadana en los casos presentados, su libro se encuentre muy por debajo de otros dedicados a similar objeto, como el de Lewis Mumford (*La cultura de las ciudades*), al cual, por otra parte, supera en la nitidez del planteamiento teórico. El apresurado análisis de la ciudad antigua, por ejemplo, aunque permite formarse una idea de lo que aquello fue, no ayuda a ver más claro en su desarrollo: vemos desfilar apresuradamente la historia por un lado, y por el otro se nos describe someramente la estructura física y social de las ciudades, sin que aparezca en toda su necesidad la relación entre ambas.

Otra cosa ocurre con la descripción del surgimiento y evolución de las ciudades a partir de la Edad Media: el estudio se afina, la relación se va estrechando progresivamente; cada nueva forma urbana, desde las sedes episcopales y las fortificaciones defensivas, se muestra condicionada cada vez con mayor claridad por la historia económica de Occidente.

En cuanto a la organización del libro como texto, hay que destacar el detalle de los índices de materias al comienzo de cada capítulo, que corresponden a subtítulos en el desarrollo del texto —lo que permite su fácil y exacta consulta— complementados por un índice alfabético al final de la obra. Asimismo, es encomiable la abundancia y selección del mate-

rial ilustrativo, a pesar de que la necesaria reducción de escala hace incomprensibles aspectos importantes de ellas, mermando así su eficacia.

La edición de Eudeba incluye una bibliografía general ordenada por capítulos, que permite al lector orientarse para profundizar en el estudio de los temas de su particular interés.

LUIS VAISMAN A.

Literatura

OSWALD LEWINTER. SHAKESPEARE IN EUROPE. The World Publishing Company, Cleveland and New York, 1963. 382 pp.

Como lo indica su título, el libro se ocupa de la crítica literaria que en la Europa continental se ha ocupado de Shakespeare. Lo distintivo del trabajo es que consiste en la reproducción de juicios críticos de autores de primer rango (25 en total, de Voltaire a Barrault), cuyos trabajos hablan por sí mismos, sin que el Profesor LeWinter haga con ellos otra cosa que intentar englobarlos en una idea que se expone en el prólogo, y les agregue algunas notas breves que son mayormente aclaraciones históricas.

En cuanto a los criterios de selección de esta antología, su autor establece en el Prefacio (pp. 7-12) los tres siguientes: mérito literario, interés y rareza (p. 9). Y aunque la rareza de las obras escritas varíe grandemente incluso de país a país (cuanto más de lengua a lengua), y aunque por razones obvias los textos incluso de Ortega y Gasset y Salvador de Madariaga no son raros para nosotros los hispanoamericanos, ni tampoco lo son los de Taine y Croce, todavía podemos saludar con gusto la inclusión en un libro moderno de tan abundante y vario material, no siempre de fácil acceso.

En cuanto a lo que sea interesante o literariamente meritorio, ni el compilador se cuida de aclararlo ni, puesto en tales términos, sería fácil de tratar objetivamente.

Queda, pues, un problema que es el de toda antología. Si ella está hecha con seriedad, lo más que puede pedírsele es que aparezca claro el criterio selectivo, el cual además difícilmente puede llegar a determinar que el todo llegue efectivamente a tener definitiva homogeneidad. Aquí se trata de autores que hayan reflexionado sobre Shakespeare; pero de la abrumadora bibliografía pertinente, el Profesor LeWinter rescata sólo cuanto haya salido de manos de creador, criterio restrictivo discutible y vago. Pero se introduce una nueva restricción implícita, clave de la antología y que habría de darle sentido a toda ella: "The history of Shakespeare criticism on the Continent is the history of the development of European consciousness since the sixteenth century" (p. 15). Mayores cla-